

MUJERES INDÍGENAS EN **BOLIVIA**

**LA VIOLENCIA SE ESTRELLA
CONTRA LAS POLLERAS**

Desde que Evo Morales ganó la presidencia de Bolivia, el racismo contra los indígenas es explícito en los debates públicos, los medios de comunicación y la vida cotidiana. Peor ha sido la situación para las mujeres indígenas, quienes deben proveer las bases simbólicas del proyecto político y asumir la discriminación social y ser objeto de la violencia física. Ser pobre, mujer e indígena en Bolivia puede volverse una pesadilla. Esta es una crónica de algo que nunca debió suceder.

LILIANA Aguirre

lilianagf@gmail.com

Licenciada en Filología Hispánica. Realizó cursos de Periodismo, área en la que se desenvuelve hoy en día. Trabajó como Editora de la revista Religión y Desarrollo, colaboradora de Radio Exterior de España y corresponsal de la agencia de noticias con perspectiva de género SEMLac.

Era una tarde calurosa, como casi siempre son las tardes en el tropical departamento de Santa Cruz, Bolivia. El viento soplaba de vez en cuando y aliviaba el calor de las personas que se encontraban en la plaza principal y calles aledañas del centro urbano. Sin embargo, la brisa a diferencia de otras ocasiones traía consigo un rumor agitado, un temor de violencia y sangre.

Esa tarde del 29 de agosto de 2008, una marcha de la Central Obrera Departamental (COD) se dirigía hacia la plaza principal “24 de septiembre”, con el objetivo de dar a conocer su respaldo al Nuevo Texto Constitucional redactado en la Asamblea Constituyente de Bolivia en el año 2007 y que aún no había sido puesto en vigencia por el rechazo de grupos empresariales del oriente de Bolivia, llamados cívicos del comité Pro Santa Cruz, donde se aglutina uno de los sectores más conservadores del país y civiles con similares pensamientos. Todo lo indígena lo califican de ilegal y comunista. Todo porque propone eliminar el latifundio, dotando de tierras a los sectores campesinos e indígenas y dar mayor participación política y social a estos sectores, hasta ahora excluidos.

Mientras la marcha de la COD se acercaba hacia la plaza “24 de septiembre”, un grupo de jóvenes y adultos de ambos sexos, robustos y de piel cobriza (que se creen blancos) los esperaba para interceptarlos y no permitir su arribo al lugar. Este grupo se declaró firme opositor al Texto Constitucional. Y justo cuando ambos grupos se encontraron cara a cara, dos mujeres tuvieron la desgraciada suerte de pasar por el lugar.

Para ellas, vendedoras ambulantes, era también una tarde cálida. La excesiva temperatura les favorecía para vender los jugos en la calle. Como casi la totalidad de las trabajadoras ambulantes de Bolivia, estas mujeres eran de origen indígena. No tener acceso a educación, ni dominar el castellano, y la falta de oportunidades laborales las dejan a un paso de la indigencia. La venta informal, entonces, es una de las pocas formas de auto-generarse ingresos.

De un segundo al otro, ambos grupos se enfrentaron. La violencia estalló y, de repente, palazos se estrellaron en los cuerpos de las dos mujeres vendedoras que nada tenían que ver en el conflicto. Una de ellas, bañada en sangre, escuchaba las palabras de los agresores: “Indios de mierda, fuera de Santa Cruz”.

Su vestimenta, una pollera plisada característica de los sectores indígenas del occidente del país, había sido “la razón” para la agresión, la violencia física y el racismo. Y tal vez el ser mujeres, la segunda justificación.

Geografía de lo indígena

Bolivia se caracteriza por poseer en su geografía una amplia zona altiplánica y fría, valles de clima templado y llanos exuberantes y tropicales. En la parte oriental o las tierras bajas que comprenden los departamentos de Santa Cruz, Beni y Pando, existe menor población originaria y en su mayoría los habitantes son resultado de

un mestizaje. Además, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, muchos europeos se asentaron en aquellas tropicales tierras.

Desde que Evo Morales llegó a la presidencia, el 22 de enero de 2006, estos tres departamentos, a través de grupos civiles de extrema derecha como la Unión Juvenil Cruceñista (que aglutina a un grupo de choque del departamento de Santa Cruz, la región más rica de Bolivia), han hecho conocer su posición abierta de rechazo y desprecio a las personas indígenas.

Pero no les basta. Han participado, también, en una serie de violaciones a derechos humanos con vejámenes contra grupos étnicos, bajo el lema de que ser indio es ser comunista e inferior.

Con la llegada de Evo, el racismo se hizo evidente

Evo Morales, un aymara salido de las luchas sindicales, fue el ejemplo de una utopía. La asunción del primer presidente indígena en Bolivia (y en toda Latinoamérica) fue un acontecimiento histórico. Tanto que los blancos y los mestizos que se creen blancos, todavía no lo quieren aceptar.

Desde la fundación de Bolivia, un 6 de agosto de 1825, a lo largo de la historia sólo blancos habían llevado las rindas del país. El resultado histórico de su gestión: Bolivia es el país más pobre de Sudamérica. Un país donde seis de cada diez bolivianos son pobres y además donde el 57.6 por ciento de la población indígena vive en la extrema pobreza.

Pero no es un cuento de hadas, ni la realidad es color rosa, ya que si bien Evo Morales se consolidó como el primer mandatario indígena y esto significó la inclusión de grupos relegados por siglos, los sectores racistas acostumbrados a dominar rechazaron contundentemente la inserción de la población indígena y, más aún, si ésta tiene una ideología de izquierda como la que predica el actual gobierno.

No es una novedad, sectores que rechazan el mandato de Morales han usado una serie de argumentos denigrantes contra él para descalificar sus capacidades como Jefe de Estado. "No sabe ni hablar, es un indio macaco, pobre e ignorante", son algunos de los calificativos que han circulado entre los grupos que rechazan a Morales. No obstante en el referendo del 10 de agosto de 2008, Evo Morales fue ratificado por más el 60 por ciento de votantes.

Ante un clima donde son reales los atropellos a la población indígena, y sobre todo a las mujeres, el gobierno, a través del Viceministerio de Género realizó una denuncia formal, en enero del 2008, ante la Alta Comisionada adjunta para los Derechos Humanos, Kyung Wha Kang, de la Organización de Naciones Unidas.

Y mientras que hasta el año 2008 no existía ninguna política pública de inclusión indígena en Bolivia, en la nueva Constitución promovida por Morales se plantea que las y los indígenas accedan a quince puestos de 135 dentro de la Cámara de Diputados, para que tengan representatividad y voz.

Así y todo no es suficiente

El arqueólogo Alejandro Ballivián subraya que “el hecho de discriminar a grupos étnicos por muchos años ha provocado una búsqueda de revancha que puede generar enfrentamientos”. La población indígena siente que ahora el poder es de ella pero la cosa no está fácil.

Ballivián asegura que la intolerancia, por parte de sectores urbanos contra los grupos étnicos, está generando una reacción de rechazo extremo y hasta violento contra los indios. Aunque también de los indios contra los blancos y mestizos.

- *¿Qué se puede hacer para frenar el racismo que trae consigo la violencia?*

- *Todos hemos salido del campo (de lo indígena) en algún momento, ya que en el país no ha habido una colonización masiva europea como en Argentina o Uruguay, y la única forma de romper los poderes reales de dominación que impone un modelo excluyente es reconciliarse y decir no te voy a discriminar más.*

“No somos un adorno”

Con una serie de faldas, una sobre otra, polleras que brillan por las lentejuelas y el contoneo de su cadera, Lidia Quisbert asegura que “el fascismo y el patriarcado se montan sobre nosotras” y que “hay mujeres del pueblo que estamos luchando para eliminar este racismo”.

Esta mujer de origen aymara, miembro de la Asamblea Feminista y el colectivo Mujeres Creando, comenta que la imagen de la mujer indígena es usada por partidos políticos para hacerse llamar incluyentes con los sectores marginados de la sociedad y que ésta es una forma más de discriminación y violencia y racismo.

- *¿Quiénes agraden a las mujeres indígenas?*

- *Los partidos políticos de derecha utilizan a la mujer indígena. Una se da cuenta que nos usan, no somos un adorno y la violencia hacia los indígenas es parte del patriarcado colonial y fascista.*

En Bolivia, el tiempo pasó más lento que en otras partes del globo para las y los indígenas dominados por el poder de los hombres (patriarcado) blancos (colonial).

Seguimos en la Colonia

En tiempos de la Colonia, cuando las familias españolas desembarcaron en el Virreinato de La Plata y en el Virreinato del Perú, engrosaron caravanas para descubrir nuevos lugares.

En esos largos viajes, que se tornaban una aventura, a caballo o mula, los hispanos se asentaron en la geografía de la actual Bolivia y, en ese momento, marcaron su

territorio y dividieron las ciudades en dos. Por un lado, la ciudad española y, por otro, la ciudad india. Era mejor no mezclarse con aquellas y aquellos indios que no tenían ni alma, decían, y desde aquel tiempo se instauró un racismo segregacionista.

Entre otras cosas, los hombres íberos decidieron regular las vestimentas de las mujeres aymaras y quechuas que habitaban las tierras andinas de la actual Bolivia. Estas mujeres, de rostros cobrizos y cabellos negros azabache, no debían portar sus vestimentas originarias y “poco civilizadas”, según el criterio de los europeos de aquellos tiempos, mientras se movilizaban desde la ciudad india a la casa del blanco para servir.

Ante eso, se instauró una vestimenta de faldón y manta. Ropa española y que en la actualidad pasó a ser el atuendo que identifica a las mujeres indígenas, a quienes también se las llama “Cholas” o “mujeres de pollera”.

Sin embargo, el fuerte racismo y la división de las poblaciones no consolidaron una segregación sexual porque los y las españolas vivieron encuentros con nativos, lo que originó al mestizo: una mezcla de blanco e indio.

Durante las guerras de independencia en 1825, se les quitó el poder a los hispanos. Éste pasó a los mestizos pero los indígenas se mantuvieron en las mismas condiciones de marginación y pobreza extrema.

Todo cambia pero el racismo no

El paso de los siglos y la consolidación de la República no han sido suficientes para desmoronar la línea divisoria entre la ciudad india y la ciudad blanca o, en la actualidad, mejor llamada mestiza.

Lo triste es que quien discrimina es mestizo, un mezcladito que se cree blanco.

Lo cínico es que el trato o, mejor dicho, maltrato hacia la mujer indígena no ha cambiado mucho de la época colonial a la actualidad. Seguimos en la colonia.

Es más, en este último tiempo la violencia contra indígenas en Bolivia se ha incrementado notablemente y las que llevan la peor parte son las mujeres. Esto es una realidad.

El relator de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Roberto Stevenhagen, visitó el país en el 2007 para realizar un informe sobre la situación de los pueblos indígenas, y registró muchas denuncias de mujeres, de distintos grupos étnicos afectadas por el racismo y la violencia. Racismo con violencia, más cruel imposible.

Gabriela De Irahola, encargada de Comunicación y Educación Ciudadana de la Organización No Gubernamental “Propuesta”, que es parte de la Coordinadora Institucional de Derechos Humanos de Santa Cruz, explica que la discriminación y el racismo hacia mujeres indígenas son evidentes en el país:

- Es un fenómeno que se viene arrastrando desde la época de la colonia. Consiste en darle un grado inferior a las mujeres y hombres indígenas. Esto se siente y se observa hasta ahora en el relacionamiento de grupos mestizos con indígenas -comenta.

- Grafícame un ejemplo de discriminación.

- Un ejemplo de discriminación se vive en el micro (transporte público en Bolivia) porque cuando una mujer indígena, que viste polleras, se sienta al lado de otra persona, ésta se levanta o prefiere no compartir el asiento bajo una serie de argumentos denigratorios y racistas; como decir que ella huele mal, es sucia, es sudorosa, etc.

Además, De Irahola asegura que aunque una mujer indígena tenga ingresos económicos altos, muchos centros de entretenimiento, restaurantes, cafés le cierran el ingreso y, de esta forma, se refuerza el racismo y la violencia psicológica hacia ella. Por eso muchas, de ingresos económicos altos, se autocensuran el ingreso a ciertos lugares que consideran que no son aptos para ellas. Allí sólo acuden los “K´aras” (palabra en lengua aymara que hace referencia a los mestizos).

Doble y hasta triple discriminación

La doble condición de ser mujer y, además, indígena es un estigma que torna vulnerable a la discriminación al sexo femenino en Bolivia.

La mujer indígena cuenta su vida como una carrera de obstáculos que empieza cuando siendo niña o adolescente se ve obligada a migrar del área rural a la ciudad con el objetivo de conseguir un empleo y generar ingresos para colaborar a su familia que deja en el campo.

Tan sólo un 10 por ciento de las niñas del área rural logra concluir la educación secundaria debido a la pobreza y exclusión a la que están expuestas. Sólo el 16 por ciento de las mujeres rurales accede a la educación superior, el 4.8 logra ingresar a la secundaria, el 51.1 ingresa a la primaria y el 27.9 no asiste nunca a la escuela, según el Censo de población y vivienda del 2001.

La situación económica de las familias de las áreas rurales es realmente precaria. Muchos infantes no logran sobrevivir y cumplir un año de vida por la falta de atención médica, servicios básicos y desnutrición. Esto se debe a que el Estado también se cimentó bajo bases racistas que dejó fuera de sus políticas públicas a la población indígena.

Virginia Saucedo, Secretaria General del Sindicato de Trabajadoras del Hogar de Sopocachi, en La Paz, es una mujer de mirada profunda y rostro dulce, que llegó a la ciudad a sus 17 años. Para ella, las mujeres indígenas y pobres son humilladas diariamente.

- ¿Has vivido discriminación de algún tipo?

- He venido del campo hace 10 años y he visto mucha discriminación hacia

las mujeres que conformamos el gremio de trabajadoras del hogar. No nos daban beneficios como aguinaldo, no nos dejaban salir, ir a estudiar y mucho menos tenemos el derecho a embarazarnos -detalla.

El gremio de empleadas domésticas es un sector netamente femenino e indígena dedicado a lavar, planchar, cocinar, cuidar niños y mantener el orden dentro de los hogares donde trabajan. Hogares mestizos y blancos.

Estas mujeres indígenas no comparten la misma mesa para comer con sus empleadores, tampoco el mismo baño, si bien viven en la misma casa porque su trabajo se extiende más de 16 horas y hasta por la noche o la madrugada.

Los estudios antropológicos y sociológicos sostienen que el trato que se les da a las mujeres indígenas contiene un triple racismo que gira en torno al hecho de ser mujer, india y pobre, tal como señala el libro *Bircholas* de la socióloga Silvia Rivera Cusicanqui.

El servilismo impuesto a las mujeres indígenas poco o nada se modificó desde la época colonial hasta el siglo XXI.

No ser como el dominador

Estudios educativos y de desarrollo humano que se efectuaron en Bolivia en los años 90 para lanzar una reforma educativa, dieron como resultado que las y los bolivianos poseen grandes problemas de baja autoestima y problemas en el lenguaje, que dificultan su desarrollo. Quizá estos complejos, más la falta de políticas de educación incluyentes para un país multiétnico permiten el maltrato. Son complejos que surgen, según explica Ballivián, cuando el sujeto mira el modelo globalizador y occidental y sabe que no es como él; pero a la vez, al negarse a aceptarse como una simbiosis entre indio y español y, en muchos casos, como hijo de indios en la ciudad.

- *¿Por qué se le cargan valores negativos al hecho de ser indígena?*

- *En muchas cabezas gira el concepto de que ser indio y seguir las costumbres y portar la vestimenta es ser menos, que ser moreno es ser menos y que ser pobre es ser menos porque es valorado el sujeto blanco, occidental, acorde con la modernidad.*

Por otro lado, Basilia Catari, quien ha vivido de cerca el problema de racismo y discriminación como mujer indígena, escribe en su libro *De Chualluma he venido* que “la gente tiene una mentalidad muy racista, a veces hasta muy esclavista”, haciendo referencia al trato que se le da a la mujer indígena.

“Yo he viajado a muchas partes (...) he llevado mi vestimenta. Algunas veces cuando me han visto dicen: ustedes tienen que civilizarse”, agrega. Las palabras de Catari riman con la declaración de la ex Ministra de Justicia, Casimira Rodríguez, publicadas en el diario boliviano La Prensa, el 25 de enero del 2006: “Lamentablemente, nuestro país tiene una cultura muy colonial (...) ser ministra es un bajón para mucha gente

que piensa con corazón racista”, expresó la autoridad de pollera, como muchos la denominaron por conservar la ropa indígena.

El periodista Jorge Quispe coincide: “A las mujeres indígenas se les impone un grado de inferioridad, en muchos sectores de la sociedad las menosprecian y rebajan su condición humana”, comenta.

Quispe, que ha trabajado en reportajes sobre las mujeres mineras, comenta que más del 90 por ciento de las mineras son indígenas y ellas realizan la misma labor que los hombres. “Perforan, usan agentes químicos, detonantes, se arriesgan por sostener a sus familias y sin embargo la paga que se les da es inferior a la de los hombres y eso también muestra la discriminación económica a la que son sometidas por ser mujeres”.

Para él su madre es un vivo ejemplo de racismo hacia las mujeres.

- Ella en una ocasión me dijo que le gustaría conocer la parte oriental de Bolivia, pero que para ello se despojaría de su atuendo y se pondría un vestido común porque teme ser discriminada allá -comenta con la mirada perdida.

Para muestra basta un botón

Los medios de comunicación locales han registrado en el 2008 una serie de agresiones a mujeres y hombres indígenas. El documental *Humillados y Ofendidos* de Cesar Brie (http://www.youtube.com/results?search_type=&search_query=humillados+y+ofendidos) también muestra el escarnio al que han sido sometidos indígenas en Bolivia. Registra cómo un grupo de indígenas fueron golpeados, insultados y agredidos, en la ciudad de Sucre, por una turba que mezcló intereses políticos con la cuestión étnica.

“El racismo es como un *boomerang*, va de ida y vuelta. Los que sufren la discriminación también van a rechazar al otro que representa al sujeto racista”, explica Alejandro Ballivián.

Según el último Censo de población y vivienda, realizado el año 2001 por el Instituto Nacional de Estadística (INE), para determinar la pertenencia de la población boliviana a un determinado grupo étnico de los 36 que habitan en el país, se hizo una pregunta que giraba en torno a si el consultado se sentía miembro de algún pueblo indígena o no.

Desde luego en las zonas rurales la mayoría de las personas no tuvo problema para responder, pero en las urbes sí hubo un dilema. En una sociedad donde la presión social es más pesada que un bloque de cemento sobre la espalda, a la gente le era imposible reconocer su pertenencia biológica a un determinado grupo, daba pena aceptar que se es indio. Condición humana mal vista.

El Censo dio como resultado que más del 50 por ciento de la población es indígena, cerca del 30 por ciento es mestizo y la población restante es blanca.

No obstante este dato es refutado por muchos estudiosos, entre ellos el jesuita, antropólogo y lingüista Xavier Albó. En diferentes entrevistas televisadas, aseguró que la pregunta del censo era engañosa, ya que mucha gente posee un mestizaje que lo emparenta doblemente con un pueblo indígena.

Es decir se puede ser mestizo mezcla de aymara y quechua; ser mestizo no es solamente, a criterio del estudioso, el resultado de blanco e indio.

En Bolivia, destacan los aymaras, quechuas y guaraníes. Tres grupos indígenas que poseen mayor cantidad de población en comparación con los moxeños, itonamas, movimas, baures, canichanas, sirionos, yuracares, yuquis cavineños, reyesanos, chacovos, urus, toromonas, tapietes, tacanas, lecos, chiquitanos, ayoreos, chimanes, entre otros.

Son mayoría. Pero todavía, aunque suene ridículo, un pedazo de tela que se costura en una pollera puede ser el pretexto para que mujeres se conviertan en el objeto visible del odio.

Ser pobre es muy duro, pero más aún si a ello se le agrega ser indígena, mujer y una pollera.